



# Revista Asia América Latina

ISSN 2524-9347

Grupo de Estudios sobre Asia y América Latina  
Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe  
Universidad de Buenos Aires



**HAGIMOTO, KOICHI Y LÓPEZ-CALVO, IGNACIO.**

*MÁS ALLÁ DEL HAIKU. ANTOLOGÍA DE AUTORES NIKKEI  
LATINOAMERICANOS*

Asociación Peruana Japonesa, 2024. 663 pp.

**Gregory Zambrano** 

The University of Tokyo

gregory.zambrano@gmail.com

Los primeros migrantes japoneses que llegaron a tierras americanas a mediados del siglo XIX se asentaron principalmente entre México, Perú y Brasil. La inserción social pasó por diversas etapas en las cuales se fueron modificando los patrones de adaptación, inclusión y comportamiento. Las nociones de patria, diáspora e inmigración también se adecuaron y produjeron diversas formas de representación discursiva para nombrar los nuevos espacios de convivencia, los tiempos de reinserción y, poco a poco, la adaptación a las nuevas realidades que les retaba continuamente. Por estas razones, afirman los compiladores: «Forjada entre diferentes fronteras geográficas y culturas transnacionales, la experiencia nikkēi se puede definir por la capacidad de cambiar constantemente su enfoque a través de múltiples espacialidades y temporalidades» (p. 10). Así, la literatura nikkēi revela un proceso dinámico de continua reconfiguración y reimaginación. A este proceso responden las páginas de esta recopilación.

El volumen pudiera interpretarse formalmente como una antología o una recopilación, la suma de voces en un entramado rico de matices y propuestas audaces, de testimonios y homenajes, un registro heterogéneo que bien pudiéramos calificar dentro de la canónica *varia imaginación* que, como en la estirpe gongorina, también alimentó los sueños. Encontramos textos narrativos (relatos y hasta protonovelas), textos poéticos (que contienen registros temáticos amplios, y algunos de ellos dialogan formalmente con la tradición japonesa), ensayos académicos, testimonios, autobiografías, anécdotas, crónicas y semblanzas.

En el estudio introductorio, Hagimoto y López-Calvo, ofrecen importantes datos sobre los estudios publicados en torno a los procesos migratorios en los países de América. Vistos en su conjunto, representan un valioso material de índole histórico-documental que aporta luces sobre las características de los procesos de adaptación, resurgimiento, negación y rechazo, de manera particular en cada país; un proceso que en la mayor parte de los casos es ya centenario. Todo ese trasfondo reposa como una huella histórica y sus

correlatos documentales ofrecen, en primer lugar, un corpus fundamental y preciso para quienes deseen adentrarse en las motivaciones y consecuencias de las olas migratorias.

En lo que respecta a los objetivos que se decantan en este volumen, se trata principalmente de responder a la necesidad de conformar un compendio que, desde distintas formas de expresión literaria, ponga en contacto una serie de voces para propiciar un diálogo, que pasa por el tamiz del reconocimiento de una herencia reconfigurada en la diáspora. Descendientes de japoneses que asumen el legado y con este una tradición específica que pone en contacto historias de vida, representadas a través de textos diversos escritos en español y portugués. ¿Qué significa ser descendiente de una cultura que arraigó en América por razones diversas y que quiere expresar su visión del mundo desde perspectivas múltiples? ¿Cómo asumen los autores los conceptos de patria, arraigo, nostalgia, mestizaje, apego, ambivalencia y contradicción?

Los textos seleccionados procuran responder a algunos de estos interrogantes y para ello entran en contacto también los diversos géneros ya mencionados. Todos estos discursos signados por la condición de la transnacionalidad, como se desprende de la presentación, vinculan explícitamente sus objetivos. Los trabajos comparten la fluidez de lo nikkéi, un término que reivindica valores culturales de la tradición japonesa en el marco de sociedades latinoamericanas: «Lo nikkéi no es una entidad fija, sino que representa una realidad sociohistórica que implica un proceso de negociación, interpretación y síntesis» (p. 15). Vistos con esta amplitud, temas y objetivos se vinculan con la necesaria síntesis epistemológica que supera los análisis sumarios vistos solo como formas de otredad. Así que esta reunión de voces pasa por avivar la expresión de los descendientes que miran hacia el interior de sus propios procesos, más allá de la asunción de una herencia de sangre y aporta diversas perspectivas para la comprensión de procesos humanos heterogéneos, complejos y muy ricos en matices.

La introducción del volumen también contribuye con datos fundamentales sobre las circunstancias tan diferentes que vivieron los migrantes japoneses en cada uno de los países de acogida aquí representados. En un resumen sucinto, compresible por razones de espacio, se aportan datos históricos y documentales que podrían guiar en la lectura del fenómeno migrante en Argentina, Brasil, Chile, México y Perú. Así podríamos construir también una cartografía que dé cuenta de la asimilación, la heterogeneidad conflictiva y la instrumentalización política en la coyuntura de la Segunda Guerra Mundial, que en muchos casos desató una «niponofobia» en algunos de estos países, con consecuencias desastrosas. La historia está allí, escrita, para ser revisada, y cuestionadas sus interpretaciones. El referente que se quiere destacar en esta antología es el aporte de aquellos primeros inmigrantes y luego de sus descendientes, que en cada país de América

hicieron aportes fundamentales en diversos campos humanísticos, científicos y artísticos.

El título del libro plantea un criterio de selección. Si bien parte de un subgénero literario, su amplitud abre los linderos del lenguaje artístico y configura un abanico de posibilidades. ¿Podría decirse que el haiku es la forma expresiva poética por antonomasia de la poesía japonesa? En esta recopilación no encontramos una selección representativa de esta forma poética. Aunque hay algunas muestras intercaladas en otros discursos narrativos o testimoniales, esto habría que verlo también con sentido crítico, puesto que la forma del haiku, hay que decirlo, en muchos casos se ha banalizado al extremo de que cualquier composición pseudopoética que resulte de la suma de sustantivos y algunos verbos, contenidos en diecisiete sílabas, con su característica distribución, podría producir la falsa percepción de que se ha logrado atrapar el instante, y así alcanzar la licencia de llamarla haiku, y por ahí no van las cosas. El haiku es un subgénero literario complejo que requiere más que destreza en la acumulación de palabras, es una forma de ser y estar en el mundo y en armonía con la naturaleza, pero esto es otro tema.

Hay, sí, una selección de tankas reunidos de manera autonómica, como los escritos por Mitsuko Esperanza Kasuga (Akane), que reflexionan sobre la feminidad, el cuerpo, la maternidad y por supuesto su condición de japonesa (nacida en Nakano en 1914), que añora las lejanas tierras y las recrea con nostalgia mientras se siente, al mismo tiempo, profundamente mexicana. Hay otras expresiones poéticas en verso libre, que implican la confluencia de formas canónicas más allá de los géneros tradicionales. Cada uno de estos textos trata de expresar la actitud que el autor tiene frente a su condición como nikkēi y cómo encuentra un camino discursivo para manifestarla y problematizarla.

En *Más allá del haiku. Antología de autores nikkēi latinoamericanos* se reúnen textos de cincuenta y dos autores, que corresponden a cinco países, en el orden en que aparecen: nueve de Argentina, veintiuno de Brasil, uno de Chile, cuatro de México, y diecisiete del Perú. Las breves biografías de cada autor, al igual que la profusa bibliografía que incorpora, configuran unos paratextos útiles y necesarios para comprender las circunstancias vitales y los horizontes creativos de ese universo reunido, que invita a múltiples lecturas. En un volumen tan vasto y rico como este, resulta un gran reto acotar los alcances a través de algunas muestras, por lo que intentaremos una mínima selección de textos para resaltar la importancia de este libro, su significación histórica y cultural, así como el aporte fundamental que hace a la historiografía de las relaciones de Japón con los países latinoamericanos.

Siguiendo el orden que dispone el libro, podríamos comentar, por ejemplo, el aporte de Maximiliano Matayoshi en *Gaijin*, que prefigura el viaje de un adolescente japonés que debe separarse de su familia por una razón de super-

vivencia. Va a la Argentina para iniciar una nueva vida. Ante la inminente separación, crecen y hacen significativas las pequeñas acciones cotidianas. En un contexto marcado por la pobreza, la familia apenas puede compartir bocados de arroz y batatas. Desde la perspectiva de un adolescente se entrelazan las anécdotas de una realidad carente e incomprensible para él en medio de la ocupación de la posguerra:

Subí por el camino viejo, el que pasaba por el mercado y la carpa de la Cruz Roja. Mamá había trabajado ahí pero ahora atendía a los pacientes en las casas; por eso, en el pueblo, todos la conocían y algunas veces nos regalaban un poco de comida, ropa y otras cosas. La comisaría, la ex comisaría, estaba ocupada por soldados americanos con su bandera americana y sus uniformes americanos. (p. 72)

El hurto fallido de unas zanahorias apenas le deja un pequeñísimo botín para vender en el mercado, lo que eclipsa la necesidad de llevar algo para compartir en la mesa familiar: «Guardé una para mi hermana porque le encantaban. Con el dinero compraría un pescado en el puerto. Hacía meses que no comíamos pescado y los que yo conseguía en el río no podían comerse» (p. 73). La frustración se torna victoria cuando tras la venta de las zanahorias robadas por fin puede probar un helado, algo muy deseado, que tantas veces había visto comer «a los americanos»: «En ese momento pensé que los americanos eran las personas más afortunadas del mundo y me dije que con razón habían ganado la guerra» (p. 74). Entonces decide llevarle uno a su hermana, que lo recibe, ya derretido, con disgusto. Sin embargo, la magia de los sabores efímeros nutre también la esperanza de lo que habría de descubrir en la tierra al otro lado del mar, al que estaba destinado.

En el texto de Anna Kazumi Stalhl, *Palabras japonesas/wa*, la autora propone un «glosario madre-hija de la identidad nikkéi». Este glosario define tantos aspectos importantes sobre su propia reflexión sobre la identidad:

Una delicada (¿frágil?) cuña se mete y va abriendo una puerta nueva entre los contramuros de mi identidad: ser nikkéi no es ser japonés (pero sí lo es, en parte y en combinación con otras cosas). La diáspora lleva, transporta, conserva; pero en la travesía las cosas, expuestas a elementos foráneos, se transforman. (p. 94)

Es con ese objetivo de construir un diálogo que abarca temas clave para comprender la complejidad del mestizaje que aparecen la identidad, las relaciones filiales, los hábitos cotidianos, así como las palabras y conceptos emblemáticos.

La revelación que ha tenido luego de leer un metatexto sobre los elementos de la naturaleza motiva a Tereza Yamashita a utilizar conscientemente un «quinto elemento». Poéticamente construye en su interior una forma de asumirse en su espacio-tiempo, y a través de los elementos esenciales, asume su condición migrante en la herencia que dejará a su hijo. El quinto elemento, como la arcilla, es el corazón, donde están las raíces más profundas, que conectan su

presente con la tierra de los abuelos. Así sustenta su creación, a partir de un concepto propuesto por Regina F. Chiesa:

O barro é terra, água, ar e fogo. Ao tocar no barro, o processo começa, e a terra fria é experimentada, aguçando as sensações, e aí podemos voltar no tempo acessando nossas raízes, nossas memórias. Trabalhar o elemento terra no barro é poder entrar em contato com a nossa terra interna, que nos dá sustentação. É poder enraizar para achar o eixo, o equilíbrio e assim obter nutrição e acolhimento. (p. 287)

Todo se suma en la arcilla que metafóricamente da forma al ser. Así decide buscar un nuevo camino y una nueva tierra para empezar de nuevo. Alternativamente, el tema de los *hikikomori*, término acuñado por el psicólogo japonés Tamaki Saito para caracterizar el aislamiento individual, que devendría en un problema de salud pública en Japón, motiva en Marilia Kubota una adaptación muy particular que invierte la premisa del encierro en una puesta en escena del tema de la libertad. En *Os anos de hikikomori*, vivir en una granja, rodeado de naturaleza, pero aislado al mismo tiempo, puede llegar a ser perturbador. En un sentido paródico, la autora reconstruye la atmosfera:

De 2005 a 2007 morei numa chácara, no bairro da La Menha Pequena, em Curitiba. A casa era de uma amiga médica. Um paraíso com bosque, pomar, horta e bichos. Era uma profusão de animais domésticos, de cachorros e gatos, a cervos e pavões, além da fauna silvestre. Era surpreendente ver lagartos coloridos correrem pela estrada de terra e vaga-lumes iluminando o quarto, à noite. (...) Era um deslumbre avistar o céu estrelado à noite. Eu identificava constelações a olho nu. Uma roda de fogueira, pinhão assado, violão, atraía familiares e amigos. Poderia estar morando lá até hoje? Não. Descobri, em três anos: viver no paraíso cansa. (pp. 202-203)

Se invierte el patrón descrito como un síndrome que vincula a varones, encerrados en una habitación llena de aparatos eléctricos y computadoras personales, que construyen una realidad alterna. Este relato parte de otra forma de aislamiento, que recrea un paraíso genuino, absolutamente natural, pero del que, paradójicamente, se quiere huir.

En una crónica que bien pudiera resumir el encuentro desconcertante con sabores desconocidos y los rituales alimenticios de las comunidades japonesas fuera de Japón, Ariel Takeda, chileno, de madre japonesa y huérfano de padre a los tres años, nació y creció en la provincia, en Río Bueno, Valdivia. Recuenta en *Estoicismo japonés* cómo fue el encuentro desprevenido con el wasabi, camuflado en la apariencia de una crema de palta, con la que ungió profusamente una lasca de sashimi de atún. La crónica es elocuente, tal vez un poco hiperbólica para crear una intensidad a todas luces literaria:

Mi cabeza entera se incendió internamente provocándome furibundas llamaradas verdes que escapaban por ojos y orejas. Un picor indescriptible rellenó mi boca para pasar directamente a mis fosas nasales que se dilataron como las de un toro enfurecido, mientras que diablillos furibundos me

ensartaban miles de agujillas calentadas al rojo. Necesité hacer esfuerzos sobrehumanos para no lagrimear ni hacer muecas y, a boca cerrada, dejé que mi lengua se retorciera como trapo de cocina estrujado. (p. 322)

Esta crónica bien revela un aspecto fundamental a la hora de los recuentos, como lo es la cultura gastronómica y el arraigo a los sabores y los rituales alimenticios. Las anécdotas relatadas por Takeda requieren contexto pues obedecen a un tiempo en que muchos elementos japoneses no eran tan comunes como lo pueden ser en el presente: los refiere como algo asimilado de su infancia, el uso de los palillos y el cuenco de arroz blanco; pero en relación con los alimentos, en los remotos tiempos no era posible encontrar sucedáneos. Hoy en día es mucho más accesible la amplia gama de ingredientes para acercar lo más posible aquellos sabores añorados del lejano Oriente y las variedades gastronómicas se han popularizado ampliamente en todo el mundo.

Kingo Nonaka, nacido en Fukuoka, vivió y murió en México y por una coyuntura azarosa, fue jefe de enfermería durante la Revolución Mexicana, al lado del que sería uno de sus líderes emblemáticos. En *Por los caminos de la Revolución*, narra de primera mano los detalles de la guerra en el Norte, y de su testimonio, en forma de crónica novelesca, va dejando los detalles de sus vivencias en aquel periodo convulso de México. Su relato comienza con los hechos bélicos de 1911 en Chihuahua y relata con sentido realista cada jornada. Un día fue requerido para curar a un hombre que había sido herido por la esquirla de una granada:

Quando terminé de curarlo, me dio las gracias y quería pagarme con un billete de diez dólares. Yo me negué a recibir la paga por la curación, argumentando que yo no cobraba por ese servicio, que era mi deber, y me contestó: Tome el dinero y, además, usted, doctor, se viene con nosotros, y será nuestro doctor, así es que póngase su saco y su sombrero, y vámonos. (...) Lo más curioso fue que no me preguntó mi nombre ni de qué origen era o déjame ver tu pasaporte. Solamente me dijo: Vámonos; la Patria necesita gente como usted, doctor. Me despedí de mi compadre y de su familia, y me llevaron hasta la colonia Juárez, que es de mormones. Al día siguiente supe que el señor que curé era el jefe revolucionario Francisco Madero; ¡vaya sorpresa! (p. 357)

Por su parte, el homenaje filial, amoroso, en medio de una tragedia, que hace María del Carmen Hernández Ibarra en *La caída del cerezo* es una evocación a los ausentes que ella asume en su sangre:

Invoco a mis ancestros: Hikosaku, guía mi imaginario a la isla de Kyūshū, a sus paisajes y dioses, con tus padres y hermanos mayores. Soy yonsei, la cuarta generación japonesa. Espero el dictado de las voces para develar el secreto del porqué dejar la semilla en nuestra tierra y de por qué no se ha revelado la verdad al estilo de los samuráis. Manuela, entra en mis sueños para que me susurres tu fortaleza, la bravura en el dolor y la alegría en la oportunidad. Mi sangre también lleva sabiduría tolteca, genes de conquistador español, esencia de luz divina que busca respuestas. (pp. 327-328)

Esta hibridez, asumida de una manera múltiple por los vínculos de la sangre, se muestra como herencia de gratitud y orgullo, pese a que el contexto de su relato esté lleno de hechos sombríos y fatales. Asimismo, diversos aspectos de la tradición literaria, revestidos como homenaje o parodia, dan cuenta de una valoración inevitable, como lo hace José Watanabe Varas al ofrecer una *Imitación de Matsuo Basho* que, como no podía ser de otra manera, narra la anécdota de un viaje, pero no contemplativo, sino marcado por la urgencia de la huida. En una estampa de gran contención discursiva, somos espectadores de los detalles cargados de suspenso: un amor robado, las huellas de los caballos borradas en el camino, unos nombres inventados para ocultar la identidad ante el posadero. Con sutileza se describe el entorno, como una acuarela minimalista:

El cuarto era blanco y olía a resinas de eucalipto. Aunque ofrecido con excesiva modestia por el posadero, allí hallamos seguridad. Desde el pie de nuestra ventana los trigales ascendían hasta las faldas ricasas donde pastaban los animales del monte. Las cabras se perseguían con alegre lascivia y se emparejaban equilibrando peligrosamente sobre las agujas rocosas. Ella cerró la ventana y yo empecé por desatar su largo cabello. (p. 507)

Allí queda la anécdota, de final abierto, el fin último de una historia de amor que bien acaba. Por su parte, José Yoshida Sherikawa intercala los datos históricos en la narración literaria para documentar las oleadas migratorias iniciales que partieron principalmente de las islas Ryūkyū, antes de que fuese creada la prefectura de Okinawa y se anexionara a las demás islas del Imperio Japonés. Aporta una serie de datos históricos para explicar la conmoción que para los antiguos habitantes de aquellas islas significó la anexión. Sin embargo, en *Toraō y Retorno a casa*, recupera la importancia del pueblo okinawense en lo que sería el patrón migratorio determinante de buena parte de la migración japonesa que se dirigió al Perú, con sus carencias y contradicciones.

En relación con la procedencia de los textos, algunos fueron escritos especialmente para esta antología. También se evidencia en el criterio de los compiladores la opción por reconocer aportes de autores que, aunque conocidos por otras obras, aquí tienen su impronta como novedad editorial: Agustina Rabaini, *La bisabuela Noye*; Anna Kazumi Stahl, *Glosario madre-hija de la identidad nikkēi*; Leila Guenther, *Tres poemas inéditos*; Lucía Hiratsuka, *Retratos*; Thoshio Katsurayama, *O tronco como testimonio*; Marilia Kubota, *Como prefiero ser llamada y Día das Meninas*; Ivan Nisida, *SOL LA SOL FA MI RE*; Marina Yukawa, *Sala de espera*; María del Carmen Hernández Ibarra, *La caída del cerezo*; Ana Akamine Yamashiro, *Poemas y Camino a casa*; Ricardo Ganaja Kamisato, *Cuál ha sido tu momento más feliz* y *Asunto: el piano y yo*; Kazuko Kikushima, *Visa de amistad, En tu piel* y *Un hombre de cuclillas mirándose en una foto*; Antal Daniel Nakasone, *El ruido de una estrella distante*; Cesar Yamaguchi, *El Gran Gras*; y, finalmente, José Yoshida Sherikawa, *Toraō y Retorno a casa*.

Distintos autores abordan abiertamente temas propios de la migración, como el *dekasegi*, una vuelta a la tierra de los ancestros para ejercer trabajos temporales, que tuvo su auge en la década de los años ochenta del siglo XX. Este aspecto es abordado por la brasileña Laura Honda-Hasegawa, *Histórias de Decasséguis. História n.º 11: Clayto não quer mais saber de samba*. Doris Moromisato Miasato dedica su hermoso poema *En Gunma la luna es un pastel de arroz* a «la dekasegi Hiro y su hijo Aaron». También se reconoce como un testimonio clásico sobre el tema el testimonio de Augusto Higa Oshiro, *Japón no da dos oportunidades* (1994).

También hay que destacar, además de los temas acerca de la migración y la condición nikkēi, otros abordajes de profundo matiz psicológico. Como la violencia intrafamiliar, representada en un relato *Camino a casa*, de Ana Akamine Yamashiro, una narración cruda y sin matices; o como el recuento de los reportes casi forenses de Eliana Otta Vildoso sobre la depresión y el duelo colectivo en *Compartiendo lo perdido: aproximaciones al duelo colectivo, hacia una política afectiva y transformadora*. O los elementos de la cultura pop usados como un juego experimental en la poesía de José Natsuhara.

Por su parte, César Yamaguchi con *El Gran Gras* lleva al extremo la reelaboración paródica de los concursos televisivos que promueven retos excesivos, como el de los comedores compulsivos, que se hartan a costa de su salud o sobrevivencia, para complacer a las audiencias mediáticas, obtener *likes*, posicionar *hashtags*, multiplicar *retweets* y llegar al *trending topic*, y todo lo que «alimenta» la industria del entretenimiento. De igual manera, están presentes las reflexiones teóricas y filológicas sobre la literatura, como *Digressão filológica sobre o haikai*, que hace el poeta y editor Edson Iura.

También el relato de Gilson Yoshioka *A camisa azul da seleção japonesa*, que pone en juego el tema de la pertenencia a un colectivo que sin intención promueve el «extrañamiento» a un brasileño. Cuando niño, en una fiesta luce orgulloso la camiseta de la selección brasileña pero los otros niños brasileños lo ven como un japonés, que años más tarde, viviendo en Japón celebra la clasificación de la selección japonesa para el mundial de 1988 adquiriendo la camiseta de los «samurái azul», y siente el orgullo como un brasileño que también se siente japonés y en sus reflexiones indaga sus sentimientos y emociones:

A experiênciã de viver no Japão proporcionou a oportunidade de me conhecer melhor e ser mais livre para descobrir e entender melhor os meus desejos, os meus sonhos e as minhas ilusões. Morar no Japão está sendo realmente incrível, porém sempre acreditei que a grande viagem é aquela feita para dentro de nós mesmos. (p. 303)

Buscar en la memoria, en los testimonios orales y escritos, descubrir cartas y recortes familiares, reflejarse en las imágenes cinematográficas o en las fotografías que muchas veces revelan verdades ocultas, descubre rostros, voces y presencias. Todo esto constituye el asombro ante la memoria. Es también una

forma de viajar en el tiempo; es reconectar con el pasado lleno de detalles, con los puertos emblemáticos en el ir y venir de los barcos Argentina Maru, Heiyo Maru, Rakuy Maru, Itsukushima Maru, Kasato Maru, Sakura Maru, que trasegaron durante muchos años las aguas que conectan Japón con el mundo, que despertaron monstruos y pesadillas y también avivaron sueños y esperanzas.

A eso contribuye este libro que no podemos dejar de llamar iluminador y maravilloso. Páginas que nos pueden llevar a sonreír o a sobrecogernos por las pérdidas, o las tragedias personales, pero que también nos permite regocijarnos ante las pequeñas victorias, los hallazgos, lo mucho que significa detenerse en una frase, en una palabra, en el contenido críptico de una metáfora, en el humor de un relato, en fin, tantos sentidos empáticos que podemos extraer de esta valiosa reunión de voces, que sabiamente han logrado conectar los compiladores para dejar constancia de una manera de ser y estar en el mundo.

Es menester compartir la nómina de todos los autores convocados: Agustina Rabaini, Alejandra Kamiya, Alexandre Takara, Ana Akamine Yamashiro, André Kondo, Anna Kazumi Stahl, Antal Daniel Nakasone, Ariel Takeda, Augusto Higa Oshiro, Carlos Nakatani, Carlos Yushimito del Valle, Célia Sakurai, Cesar Yamaguchi, Doris Moromisato Miasato, Edson Iura, Eliana Otta Vildoso, Fernando Iwasaki Cauti, Francisco Handa, Gílson Yoshioka, Ivan Nisida, José Natsuhara, José Watanabe Varas, José Yoshida Sherikawa, Juan Carlos Higa, Juan de la Fuente Umetsu, Júlio Miyazawa, Kazuko Kikushima, Kingo Nonaka, Laura Honda-Hasegawa, Leila Guenther, Lúcia Hiratsuka, Malena Higashi, María Claudia Otsubo, María del Carmen Hernández Ibarra, Marília Kubota, Marina Yukawa, Maximiliano Matayoshi, Miguel Ángel Vallejo Sameshima, Mitsuko Esperanza Kasuga (Akane), Nicolás Matayoshi Matayoshi, Oscar Nakasato, Raquel Matsushita, Ricardo Ganaja Kamisato, Ryoki Inoue, Simone Toji, Susana Tamashiro, Talita Nozomi, Tereza Yamashita, Teruko Oda, Thoshio Katsurayama, Tilsa Otta Vildoso y Virginia Higa.

Como se señala en uno de los textos antologados, *La sombra del Guerrero*, de Fernando Iwasaki Cauti: «Está escrito que la poesía recupera lo que el hombre pierde en sus otras vidas» (p. 416). A fin de cuentas, tantos testimonios, formas de conectarse con la herencia, el retorno a los recuerdos, a los anhelos y a esas formas diversas de la nostalgia, solo está en las palabras vivas que tienen el poder de evocar, las palabras que tratan de fijar la memoria para que no las arrebatan los vientos o las trasieguen las aguas; al final quedan sus huellas como la representación de una memoria recobrada.





Grupo de Estudios sobre Asia y América Latina  
Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe  
Universidad de Buenos Aires